

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodístico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en la Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Badera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *El Turulense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CATALUÑA: don Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, en dicho Centro ó en su domicilio, Pino 2, 2.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »
Números sueltos, quince céntimos de peseta.			

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta	60	Cuarto de página 16
Media página	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento, y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

SUMARIO.

- I.—*Advertencia.*
- II.—*Crónica Aragonesa*, por Saldubio.
- III.—*Historia de los manuscritos antiguos* (continuación), por don Eduardo Mennechet.
- IV.—*Cuentos grises*.—*Tú* (cuento gris casi blanco), por D. Mariano Sanchez Muñoz.
- V.—*La Audacia*, novela por Alfredo de Musset.—(Continuación.)
- VI.—*Sonetos*.—I. *¿Qué quiero?*—II. *Al Océano*, por D. Valentin Marin y Carbonell.
- VII.—*Poesías traducidas de los catalanas de D. J. Eduardo Sallent*.—I. *Dolora*.—II. *Olvido*, por D. M. de Cavia.
- VIII.—*Especímenes, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Siendo muchos nuestros suscritores de fuera de esta capital que permanecen todavia en descubierto con la REVISTA DE ARAGON por el pago de los trimestres de Enero, Febrero y Marzo, Abril, Mayo y Junio, y el corriente, rogámosles que se sirvan satisfacer sin demora sus deudas atrasadas, bien por medio de libranzas del Giro Mútuo ó de sellos de franqueo, dirigiéndose á la Administracion de este semanario, calle de Cinegio, 5, esquina á la de los Estébanes.

Si dentro de diez dias no solventan sus atrasos dichos señores suscritores, dejaremos de remitirles nuestros números, exceptuando á quienes, por sernos personalmente conocidos, podamos dirigirnos aprovechando cualquier oportunidad.

Las personas que frecuentemente nos elogian por el sostenimiento de la única publicacion de este género en todo el territorio aragonés, debieran comprender que no es únicamente con vanas alabanzas cómo se alienta y protege una empresa naciente y provechosa.

CRÓNICA ARAGONESA.

Les jours se suivent et ne se ressemblent pas.

Nunca con más verdad que ahora puede repetirse ese refran traspirenaico; porque si á los dias de Julio suceden los de Agosto, estos en nada se parecen á aquellos.

Todo el que transige, cae, ha dicho un pensador eminentísimo. El mes de Julio, apelando á ese sistema de ten-con-ten y de perpétuo balancin que á todos quiere satisfacer y á nadie satisface, abdicó sus naturales fueros y quiso templar los ardores estivales con frescas brisas, que allá en la cumbre de la montaña ó en las costas del mar hubiéranos parecido deliciosísimas y que entre los muros de la ciudad y asomados á nuestros balcones nos parecieron ásperas é insoportables.

Todos protestaron contra la benignidad de Julio. Por eso, al asomar la cabeza el fiero Agosto, lanzando rayos y abrasándolo todo, como un nihilista desbocado, ha respondido á las angustiosas quejas de sus víctimas:

—*¡Non possumus!* El que transige, cae. No quiero que por enviaros un poco de fresco me deis una rechiffa.

Confesémoslo bañados en sudor: el mes de Agosto es digno de sí mismo.

* * *

Tan fuerte es el calor que por aquí se siente que ha llegado hasta á derretir las convicciones de un venerable pastor evangélico.

El protestante D. Antonio Sanchez, acompañado de su esposa y de su hijo, ingresó hace pocos días en el seno de la religion católica.

Al hablar de esta conversion dos personas que salian del solemne acto verificado en el Palacio arzobispal, decia la una á la otra:

—¿Usted cree que será firme, sincera é irrevocable la piadasa resolusion de ese converso?

—¡Vaya si lo creo! contestó el interpelado. Puedo asegurar á usted que el Sr. Sanchez ha acogido las buenas doctrinas con mucho calor.

—¡Es verdad! dijo el otro limpiándose la frente con un pañuelo y echándose aire con un abanico japonés.

Pero á la par de estas manifestaciones *calurosas*, se presencian otras cuya *frescura* asombra. Refiérome al irreverentísimo acto de un sujeto que en el templo del Pilar se permitió el otro dia inferir á las creencias católicas el más grave de los ultrajes.

A este projimo, que debe ser algun pensionista de San Baudilio ó algun agente diplomático de los zulús, se le debieran aplicar por su frescura unas cuantas duchas de agua fria en el occipucio.

Similia similibus curantur.

Y además, teniendo en cuenta sus aficiones, ponerlo unos cuantos dias á la sombra.

Maravilloso descubrimiento es el del fonógrafo.

Al oirlo funcionar hace algunas noches en el Teatro de Novedades, rindió el público zaragozano homenaje de admiracion al modesto *yankee*, desconocido ayer hasta de sus paisanos, famoso hoy en todo el orbe.

Mr. Alba Edison ha archivado los sonidos, guardando integro é inmutable el canto de un hombre ó el toque de un cornetin. Ha hecho—como decia un extremeño al oír el singular aparato,—ha hecho cecina de la voz humana.

Ahora, segun cuentan, investiga el medio (y por cierto con provechoso resultado) de embotellar la luz y el calor. Esto, que hace unos cuantos meses hubiera hecho reír á sábios y á ignorantes compadecidos del pobre insensato que tales proyectos concibiese, se toma hoy muy en sério; cuantos comprenden los alardes de ingénio y fuerza á que puede llegar el espíritu humano esperan con impaciencia grandísima el resultado final de los experimentos de Alba Edison.

Y eso, á pesar de que el actual momento meteorológico (permitaseme la frase, puesto que está de moda una semejante) no es el más á propósito para aprovechar las provisiones de calor.

¡Ay, señor Edison, si lográramos tener embotellado el frio!

La compañía de ópera que ocupaba el teatro de Pignatelli se ha liquidado.

Ya no resonarán allí las voces de Tamberlick y la Natividad Martinez.

¡Ni las de Maffei y Amodio!

En cambio, se nos ofrece un porvenir lleno de pantorrillas.

El entusiasmo del público zaragozano pasa en un par de noches desde el *Credo* del *Polinto* hasta las piruetas de la signora Limido; desde Euterpe á Terpsicore, que diría un clásico; desde los puntos que se dan hasta los que se calzan.

Hagámoslo redondo, despues de desear buen éxito á los nuevos espectáculos que nos presenta el coliseo de verano.

Faltaria á un deber de cronista si dejara de consignar (ya que no pueda hacer otra cosa) la aparicion de un libro notabilísimo debido al talento y estudio de un sábio aragonés. Hablo de la *Numismática Árabe Española*, del Sr. D. Francisco Codera y Zaidin.

La historia pátria ha de recabar no pocos ni pequeños frutos de la ciencia profunda y laboriosidad constante de ese digno profesor, en quien tan excelentes calidades compiten con una modestia á toda prueba.

Lamento que mi impericia no me permita ocuparme del libro del Sr. Codera con la atencion y detencion que él se merece; porque en punto á numismática, yo estoy por la contemporánea y flamante, y áun por desgracia en esta no tengo todo el caudal... de conocimientos que quisiera.

La moda lo invade todo. Hasta para decir chistes dicta reglas y señala términos. Ahora han dado las gentes en jugar del vocablo y preguntar: ¿Cuál es el colmo de tal ó cual cosa? Y se contesta con un retruécano ó una andaluzada.

Por ejemplo; el colmo de la cortesia es:

Darse á sí mismo las buenas noches al meterse en la cama.

El colmo del arte de la equitacion:
 Montar una fábrica.
 El colmo de la ciencia astronómica:
 Arreglar un cielo raso.
 El colmo de la bajaiza:
 Vivir en un sótano.
 El colmo de la generosidad:
 Dar un paseo.
 El colmo del amor á la música:
 Esperar con impaciencia el juicio final para oír
 cómo tocan la trompeta los ángeles.
 Y por fin, podría preguntarse:
 ¿Cuál es el colmo de la avaricia?
 La contestacion que dió cierto usurero:
 —Yo nunca *daré* un consejo á quien me lo pida;
 pero le *prestaré* el apoyo de mi experiencia y
 mi amistad.

SALDUBIO.

HISTORIA DE LOS MANUSCRITOS ANTIGUOS.

(Continuacion.)

Después de seis siglos de dominacion siempre creciente, encontráronse dueños los romanos de las más variadas y ricas colecciones de manuscritos traídos de las naciones que habían domado. Y es de notar, que á despecho de la primitiva ignorancia de los vencedores del mundo y aun en los tiempos en que las letras no eran muy honradas en la ciudad de Rómulo, eran los manuscritos, entre los despojos de los pueblos vencidos, considerados como muy más preciosos que los ricos vasos de oro. Paulo Emilio, después de la derrota de Perseo, rey de Macedonia, trajo de Grecia copioso número de manuscritos que distribuyó entre sus hijos y el pueblo romano. Sila siguió este ejemplo; habiendo hallado, después de la toma de Atenas, una biblioteca entera en el templo de Apolo, hízola trasportar á Roma donde formó el núcleo de la primera biblioteca de la república romana.

Varios ilustres romanos se distinguieron luego por lo selecto y magnífico de sus bibliotecas. Asinio Pollion, Craso, César y Ciceron se hicieron célebres por el esplendor de sus riquezas literarias; Lúculo, que agotaba su opulencia desplegando un fausto más que régio, señalóse más noblemente al consagrar parte de sus tesoros á la formacion de grandes colecciones de manuscritos. Hizo más todavía. «Era la suya, nos dice Plutarco, una biblioteca cuyos salones, galerías y gabinetes estaban abiertos á todo el que queria visitarlos. Los griegos eruditos venian durante sus ocios á esta mansion de las musas para entretenerse en coloquios literarios, en los cuales tambien gustaba Lúculo de intervenir.» Julio César propuso adquirir esta biblioteca á costa del Estado y convertirla en pública, y aun llegó á designar al docto Varron para bibliotecario; pero el puñal de Bruto impidió la ejecucion de tan laudable proyecto. A este museo de las letras venia Ciceron frecuentemente á proseguir sus estudios, cuando la custodia del mismo estaba á cargo de su amigo Faustino. Admira ver cómo, en medio de sus públicas ocupaciones y de sus estudios privados (circunstancias todas de tal calidad que cualquiera de ellas podría inmortalizar á un hombre), admira ver, repeti-

mos, cómo este insigne varon puso por sí mismo perseverante atencion y minucioso esmero en la formacion de su biblioteca y de su gabinete de antigüedades.

Cuando la romana república se convirtió en imperio romano, los emperadores dieron sus nombres, más bien por vanidad que por aficiones literarias, á las bibliotecas que fundaron. Augusto, que pretendía pasar por poeta y sabía cuánto importa á un usurpador tener los poetas por amigos, agregó una magnífica biblioteca á una de las Termas, á uno de aquellos soberbios edificios adornados de pórticos, galerías, estatuas, paseos y baños refrescantes. Una de estas bibliotecas recibió el nombre de Octavio, hermano de Augusto; otra, instalada en el templo de Apolo, hízose el punto de cita de los poetas más renombrados. Así nos lo dicen Horacio, Persio y Juvenal. Los sucesores de Augusto siguieron su ejemplo. El mismo Tiberio tuvo una biblioteca imperial que Trajano enriqueció todavía más y á la cual dió su nombre; además de ser muy rica en manuscritos de todas las naciones, ostentaba pavimento de mármoles, paredes cubiertas de marfil y estantes de ébano y de cedro. Hoy no tributamos tantos honores á los libros: la imprenta, multiplicándolos hasta lo infinito, ha matado la veneracion que inspiraban en los pasados tiempos.

¿Qué ha sido de esos inmensos tesoros literarios, recogidos con tanto esmero y guardados con tanta esplendidez en Alejandría, en Roma y en Byzancio? ¿Cómo han perecido, en parte al ménos, tantas riquezas que por cierto poco tentadoras debian ser para la codicia de los bárbaros? ¿Por qué de los grandes escritores de la antigüedad, unos han llegado íntegros hasta nuestras manos y otros los vemos truncados y mutilados? ¿Por qué, en fin, tantos otros solo han transmitido vanos nombres á la posteridad? ¿Ha sido únicamente el ímpetu ciego del destino quien ha destruido ciertas obras y ha respetado tales otras? Preguntemos el por qué de semejantes destrucciones y mutilaciones á esos hombres bárbaros é ignorantes que al principio de la Edad Media quisieron hundir otra vez la sociedad en el caos de donde las letras habían arrancado. Entre la civilizacion antigua y la moderna ha habido, á modo de sombría noche entre dos días luminosos y brillantes, una época de tinieblas, de desórden y de anarquía social. Del mundo antiguo no existían ya más que restos y girones, como de un templo derruido quedan solo algunas ruinas para atestiguar el pasado esplendor, cuando surgió un mundo nuevo que no recibió del anterior leyes, ni costumbres, ni religion, ni siquiera idiomas. Larga y penosa fué su infancia, como sin duda lo habia sido de la del mundo antiguo. El génio humano, apartado de las sendas de la civilizacion, mayores dificultades experimentaba para volver á ellas que esfuerzos le habian sido precisos para abandonarlas. Parecía que Dios abandonaba al hombre á sus malas pasiones. Gigantesca era la lucha que á la sazón habíase emprendido entre el cristianismo y el islamismo, lucha de exterminio que no se ensañaba solo en las personas; el odio y la venganza llegaban hasta los libros y los monumentos de ciencias y artes, que eran destruidos solo por el placer de destruir, única cosa que se hacía entonces. Conquistábanse los imperios solo por devastarlos, las ciudades solo por incendiarlas, los pueblos por aniquilarlos nada más.

Oigamos lo que nos dice un historiador árabe acerca de la destruccion de la célebre biblioteca de Alejandría; oigamos á Abul-Farag:

«Cuando los mahometanos se hicieron dueños de Alejandría, su general Amrú encontró allí á Filópono, cuyo trato le agradaba, porque Amrú era amante de las ciencias y Filópono muy sábio. Este le dijo un día: «Habeis visitado todos los monumentos públicos de

Alejandro y habéis puesto vuestros sellos sobre todo lo que guardan. Por lo que atañe á los objetos que pueden ser útiles, nada me atrevo á decir; pero entre los que para nada han de aprovecharse, hay algunos que me convendrían. Amrú le preguntó cuáles deseaba.—Los libros que existen en las bibliotecas públicas, respondió.—Súplica es esa, dijo Amrú, á la cual no puedo acceder sin recibir antes para ello órdenes de Omar, el jefe de los fieles. Y Amrú escribió á Omar. Hé aquí la respuesta del caudillo musulmán: «Si los libros de que me hablas están conformes con las doctrinas del Corán, son inútiles, porque el Corán contiene todos los conocimientos provechosos. Si esos libros son opuestos al Corán, es preciso destruirlos. Quémalos todos.»

El mandato fué obedecido. Amrú hizo entregar á los baños públicos más de setenta mil manuscritos, archivo glorioso del ingenio humano, momentos admirables del antiguo saber de Grecia, Roma y Asia, que sirvieron durante seis meses para calentar el agua de los deliciosos baños donde iban á sumergirse los fanáticos adoradores del Corán (1). ¿Qué verdad es la que necesita aniquilar á las demás para que sea conocida? ¿Qué luz la que para brillar necesita rodearse de tinieblas?

Roma la imperial, la señora del mundo, la ciudad eterna, sufrió una no ménos ciega y funesta devastación. La acción de Roma sobre los bárbaros había sido enteramente civilizadora; la reacción de los bárbaros hacia Roma debía tener resultados del todo opuestos. Desde que Constantino trasladó á Bizancio el imperio de Occidente, convirtiéndose de este modo en imperio de Oriente, abandonada Roma á sí misma, tenía que ser presa de los feroces pueblos del Norte, envidiosos de tanta gloria y de riquezas tantas. Basta nombrar á Atila para suponer la suerte que esperaba á Roma. ¿Qué monumentos artísticos, científicos ó literarios podían quedar intactos y erguidos delante de aquel que orgullosamente se llamaba *azote de Dios*, de aquel que con sus plantas secaba la hierba de las praderas y la mies de las campiñas, avanzando á modo de inmenso incendio? Roma trocóse entonces en un montón de ruinas. Las obras maestras del arte griego y romano que ornaban templos y puentes, plazas y teatros, fueron precipitadas al Tiber, que esta vez retrocedió en realidad, como había pronosticado un poeta, hasta sus manantiales, detenido en su marcha por semejante cúmulo de riquezas sumergidas para siempre entre el limo de sus aguas. ¿Quién sabe cuál fué entonces el destino de los tesoros literarios del mundo antiguo? Sin duda habían sido trasportados en gran parte con el sòlo imperial á la nueva córte de Constantino; pero ni aún allí estuvieron al abrigo de las devastaciones. Los cruzados que, á principios del siglo XIII fueron bajo las órdenes de Balduino á recuperar para la cristiandad el sepulcro de Jesús, animados por una fé más generosa que discreta, no vieron en los momentos del arte pagano y de las letras profanas sino ultrajes al Dios por quien iban á pelear y morir. Un historiador de la época, Nicetas Coniates, que estuvo en el saqueo de Constantinopla por los soldados de Balduino (1205) nos ha dejado una patética descripción de este desastre, quizá más lamentable que el de Alejandro. Mas no hay por qué asombrarse, cuando se piensa que á la sazón afligian á la humanidad dos géneros de barbarie: grosera, ignorante y fanática la una, la otra vil, supersticiosa y corrompida. La civilización romana había perecido bajo el poder de los úl-

timos emperadores y en medio de sus estatuas, cuadros, palacios y manuscritos. Largo tiempo hacia que reinaba la barbarie que nace de la corrupción, cuando la barbarie que proviene de la ignorancia dió el golpe de gracia á la antigüedad griega y romana. Así, durante el largo período que trascurrió entre la caída del imperio de Occidente, destruido por los bárbaros en el siglo V, y la del imperio de Oriente, derribado por los turcos en el XV, lo cual forma un espacio de cerca de mil años, el género humano pareció ocuparse tan sólo en reducir á la nada los testimonios más gloriosos de su pasado, y apenas si entre las tinieblas que cubren esta época tan triste se ven brillar algunas ráfagas del fuego sacro que parecía apagado bajo tantos escombros y extinguido en el alma de las naciones. Y ¡cosa extraña! durante estos siglos de barbarie se hicieron los más grandes descubrimientos: los relojes, el telescopio, el papel, la pólvora, la brújula y la imprenta. No de otra suerte surge el más brillante relámpago del choque de los nubarrones más sombríos.

Después de tantas tempestades como trastornaron el edificio social de arriba abajo ¿no es asombroso que el número de las producciones de la antigüedad llegadas hasta nosotros supere al de las obras que han desaparecido? Por todas partes hallamos causas de destrucción: la frágil naturaleza de los monumentos, los odios implacables de los pueblos, el ciego fanatismo de las religiones, los inevitables accidentes del azar, la acción lenta y progresiva de los años. Ni aún los mares se contentaron con los tesoros hundidos en sus abismos. Cítanse varios naufragios que han hecho desaparecer monumentos del genio humano: parece como que el mar se venga así de verse vencido por la ciencia y el valor del hombre, hasta en sus más imponentes arrebatos. Guarino de Verona, uno de los sábios italianos que habían viajado por toda la Grecia en busca de manuscritos, vió recompensada su perseverancia con la adquisición de obras raras y desconocidas. Al volver á Italia naufragó su navío y el pobre sabio perdió todos sus tesoros. Tan vivo y profundo fué su pesar, que sus cabellos encanecieron de repente. Hacia el año 1700, un rico burgomaestre de Middleburgo, llamado Hulde, fué á China, impulsado por el amor á las letras, para instruirse en la lengua de Confucio. Adquirió tanta ciencia que alcanzó la dignidad de mandarin, gracias á la cual pudo recorrer las provincias todas del Celeste Imperio. Traía por fin victoriosamente á Europa los secretos del Asia, después de treinta años de trabajos y estudios, cuando el navío que llevaba tan rica cargazon se estrelló contra unas rocas y se hundió en el fondo del mar. Hubiérase dicho que los antiguos dioses del Asia despertaban de su mortal letargo para fulminar venganzas contra este nuevo Prometeo.

¿Debemos, como el comerciante que presenta á sus acreedores el balance de sus pérdidas, exponer aquí el de nuestros desastres literarios? Considerable es su número, si se atiende al de los escritores antiguos cuyos nombres no más han llegado hasta nosotros ó cuyas obras han atravesado los siglos á costa de mutilaciones deplorables. Sin que tratemos de hacer ahora la lista mortuoria de los poetas é historiadores que han bajado íntegros á la tumba ¿no es bastante para excitar nuestro sentimiento saber que ha existido una historia de Fenicia, por Sanconiaton, contemporáneo de Salomon, otra de Egipto, por Menathon, y otra de Caldea, por Berosio? ¡Cuántos interesantes motivos de meditación hubieran ofrecido al filósofo, aunque veladas por la fábula, estas historias de las naciones más antiguas! ¡Cómo no deplorar la pérdida de los cuarenta libros de Polibio, de los que solo cinco han llegado hasta nosotros! ¿Qué mano profana ha destruido

(1) Amplios y exactos detalles acerca de este y otros muchos desastres célebres en la historia de las ciencias y las letras, podrán hallarse en un trabajo sobre tal asunto, que está pronto á salir de nuestras manos. Posible es que lo publiquemos en esta misma REVISTA.—N. del T.

veinticinco libros de la *Biblioteca Histórica* de Diodoro de Sicilia y la mitad de las *Antigüedades Romanas* de Dionisio de Halicarnaso? ¿Cómo de los ciento cuarenta libros de Tito Livio solo nos quedan treinta y cinco, y de los veinte libros de las historias de Tácito conocemos cuatro nada más? El reinado de Tito, delicia del género humano, ha perecido de igual manera que el de Domiciano, azote de los pueblos. Gracias á semejantes mutilaciones, Tácito y Tito Livio se parecen á esos admirables torsos de las estatuas antiguas que por un sólo fragmento revelan todo el brio y poder del cincel creador. ¿Cómo y cuándo tales profanaciones desheredaron al porvenir de las riquezas del pasado? Petrarca manifiesta que allá en su juventud había visto las obras de Varron y la segunda década de Tito Livio. ¿Qué ha sido de ellas? Y sin embargo ¡cuántas investigaciones se han hecho! Sabido es que Enrique IV, llevado de su afección á las letras, afirmaba que daría una provincia por encontrar los manuscritos perdidos de aquel gran historiador.—Esquilo, Sófocles, Eurípides, ¿dónde están aquellas trescientas tragedias vuestras que Atenas guardaba religiosamente en su tesoro como uno de sus más gloriosos trofeos? ¿Cuán grandes son vuestros nombres, sin embargo de que apenas conocemos la décima parte de vuestros títulos á la admiración de los hombres! Y tú, Menandro, pintor de las costumbres, historiador de las pasiones, poeta del hogar, ¿quién ha podido reducir á la nada los cantos de tu lira, cuyas cuerdas eran las del humano corazón?—¿Diremos que la pérdida de un poeta no equivale á la de un historiador, y que el genio de un poeta que ya no existe puede renacer en el genio de un nuevo poeta, mientras que la verdad una vez perdida en los anales de la humanidad deja un vacío que no puede llenarse? Que ciertos filósofos piensen y hablen así lo concebimos; pero á los que vemos dar vueltas sin cesar la historia de los hombres en el círculo de las mismas pasiones, los mismos vicios y las mismas virtudes, permítasenos lamentar menos la pérdida de relatos inciertos ó engañosos que la de esas elevadas inspiraciones del genio poético, frecuentemente más provechosas para el bien de la humanidad que las mismas lecciones de la historia. ¿Quién sabe lo que sería la sociedad moderna si todos los poetas de la antigua hubiesen perecido en la deshecha tormenta de los siglos medios? ¿Acaso aquellos rasgos del genio humano hubieran sido superados si no hubiesen sido conocidos? ¿Quién puede decir que, si el sol se apaga, otro segundo sol saldrá de las manos de Dios para iluminar el mundo?

EDUARDO MENNECHET.

(Se continuará.)

CUENTOS GRISES.

II.

TÚ.

CUENTO GRIS CASI BLANCO.

Hubo un tiempo (tiempo feliz por cierto), del cual cuentan, que cuadrúpedos y piedras, pájaros y flores, tenían sus conversaciones, y era de ver cómo un dogo discutía sobre arquitectura con un trozo de mármol de Carrara, ó un gilguero trataba de música con un ramito de lilas.

Yo no he vivido en aquel entonces, pero á decir verdad, hubiérame alegrado tomar parte en aquellas encantadoras disputillas, tan graves, tan fieles, tan bulliciosas y tan bonitas, y diera todavía cualquier cosa por decir palabras de cariño á una violeta y contestar

frases de desden á un manojito de alelles.—Divagaría un rato, y largo todavía, si no debiera venir á mi cuento; cuento, que pudiera ser historia, *si cuento no fuera.*

Yo no sé, pero tampoco quiero averiguarlo, los motivos que debiera tener una gentil violeta para haber elegido por morada un montoncito de hojas verdes que, solas junto á un risueño arroyo, pasaron siglos y siglos en completa tranquilidad, y cuyo *entresuelo* habitaba la sencilla flor de que me ocupo.

Había visto aquella alegre vivienda nacer y morir, morir y nacer, muchas generaciones de violetas que, humildes y soberbias, dejábanse unas á otras su aroma y su color, color y aroma que solo ellas poseen y en los que cifran todo el orgullo de su sér.

Nada interrumpía su tranquila vida; nadie pensaba en ellas, y decían los padres á sus hijos: «Sólo vivo para vosotros, venideros frutos de la primavera viiente.»—Y los hijos, padres á su vez, volvían á repetir esta frase, que había venido á ser el testamento de la familia, la herencia de la generación futura.

Murmuraba el arroyuelo á sus piés, y algunos dicen que no era murmullo su susurro continuo, sino que era cántico sumiso de amor sencillo que satisfacía su oculta pasión, dando sávia y vida á la bien amada que sus aguas retrataba.

Todo sucedía así, y cantaba el arroyo, y le miraba la violeta; y siglos enteros esto hubiese sucedido si no hubiera venido algo á turbar la paz de las paces, la humildad de las humildades, la belleza de las bellezas.

Este algo ocurrió, y la existencia blanca de aquella dulce vida vino á turbarse un poco, casi nada, pero sin embargo *algo*.

Notaba el arroyo resbalar sobre sus lípidos cristales olorosa canoa de hojas de azahar y cruzar tanto y tanto por las cercanías del montoncito de hojas verdes, que más de una vez se lamentó de su suerte, que le obligaba á llevar sobre su misma corriente el objeto que podía hacerle para siempre desgraciado.

Y siempre la misteriosa barquilla pasaba, y tal vez, el azar acaso, había hecho que la olvidada de la montaña asomase sus pétalos por encima del montoncito de verdes hojas.

Tripulaba la gallarda embarcación un nardo, flor preciosa que tiene el candor de la azucena con la virilidad del tulipan.

Y el arroyo murmuraba con verdadero murmurar; dudó primero, temió despues y lloró luego.

Y lloró con razon, pues escuchó en uno de aquellos paseos, y escuchó la violeta tambien, una canción amante, tierna, porque amante era; bella, porque la dictaba el corazón; fuerte, porque la alimentaba la esperanza.

Cantó el nardo:

Soñar es ilusión, vivir es sueño

y no quiero soñar.

Atérrame la idea de la muerte,

¿y qué debo de hacer? ¡triste es mi suerte!

No me dejes morir, flor de mi vida,

escucha mi purísima canción,

hija del corazón;

escúchala, que comprender ansío

con frenético empeño;

que el vivir no es un sueño.

Y si dejas soñar, déjame al menos

morir queriendo, que vivir soñando

es morir y vivir siempre llorando

y no quiero llorar, que son las lágrimas

gloria con fé, sin esperanza muerte.

¡Ay! ¿cuál será mi suerte?

Dulcísima y tierna pareció á la sencilla protagonista esta canción, y por más que presintiera ver en ella algo de extraordinario y de desconocido, no dejó de parecerle bella y muy bella la linda canción dicha con todo el fuego de una esperanza y con toda la tristeza de una duda terrible.

Encerróse la gentil violeta más y más en su humilde habitación y no quiso ni asomar la bella punta de su puro pétalo por la ventana de su poética morada. Era desgraciada, pues había oído una canción que le gustaba y era más desgraciada porque no la quería oír.

Horrible lucha que tiene algo de encantador y de sublime.

Nada hay en el mundo más bello que lo que cuesta trabajo de comprender, de definir y de explicar, y que se comprende, se define y se explica perfectamente; tan perfectamente, que se desea; antes de suceder se aspira con vehemencia á su repetición y se pide á Dios con fé, no sé si entera, pero á lo menos constante, que no suceda.

¡Cuánto pudiera decir de esto! Es un asunto que no me bastaría la vida para acabar de explicarlo, pero que no habrá nadie que lo sienta, que no lo explique al instante por natural intuición.

¿No es verdad? Confesadlo.—Sí, es verdad, verdad que nadie puede negar si tiene la franqueza de decirlo; se os conoce y se os adivina, aunque no se os dice, bellas violetas de la vida práctica.

No sé si debería estar contento el nardo, quien dudaba sin dudar y adivinaba sin ver, pero parece que dicha había, aunque no completa, pues en desear y en pedir es difícil llegar al límite.

Repitióse de allí algún tiempo la tierna serenata y cuéntase que la violeta oyóla con placer, con más placer que antes y aún hay quien añade que se cubrió de lágrimas como en otro tiempo se había cubierto de bellas gotas de rocío.

Húbolo de notar el nardo, y hasta el arroyo que desde aquel entonces ya dicen que no susurraba, sino que gemía, y las guijas que de lecho le servían han referido y comentado mucho aquellos gemidos tan silenciosos que solo ellas pudieron entender, y aunque á pesar de todo, continuaba claro y tranquilo su serpenteado trayecto, dicen si sería por el placer que al menos experimentaba al ver retratarse en sus límpidas aguas aquella flor, objeto único que tantas veces le hizo rico de esperanzas, y que hoy le hacía poderoso de desdenes.

Aun por tercera vez volvió el nardo á su endecha, y tal fué la vibración de su voz y la fé de su canto, que no resistió á él la humilde de los bosques y asomó de nuevo la punta de su pétalo, no sin dejar descubrir en él las huellas de las lágrimas de muchos días.

Antigüedad de pensamiento que marcaba bien distintamente lo que el nardo debía dudar, pero sabía comprender.

Dulce fué su sorpresa, como es dulcísima la esperanza en realidad convertida; pero más dulce todavía cuando escuchó una voz que cantaba estos trozos, que eran pago sencillamente sublime de su pasión grandiosamente sencilla:

Nacer, vivir, pasar la vida entera
mirando el ideal en lontananza.
Silencio, oscuridad, luz, resplandores...

¡Todo esperanza!

Ansiar, pedir, querer cifrar la dicha
en vivir, en pensar: ¡sublime empleo
de un existir que la esperanza alumbró!

¡Todo deseo!

Reclinar mi corola entre tus tallos;
mirarme en tu purísima blancura;
darte mi aroma, mi existir dejarte...

¿Hay más ventura?

Cesó el canto y lloró el nardo.—La felicidad grande hace llorar, no hace reír.—Y lloró tanto, que engrosaron sus lágrimas el arroyuelo, que aunque triste, empezaba á comprender que hasta hay dicha en ser desgraciado, no siéndolo tanto desde que se mezcláron sus aguas con las lágrimas de la dicha, siendo desde entonces aguas de consuelo donde los tristes encontraban lágrimas y los dichosos tranquilidad.

Todo estaba hecho ya; la vida no era ilusión y las lágrimas eran dicha, pues había realidad.

Pasaron así los días; que la vida de las flores, por lo preciosa y bella es de días, pues si de años fuera, doria dejar de ser siempre sonrisa, siempre alegría, siempre felicidad.

Nada pasó entonces que decirse deba; no se pinta la dicha entera con tinta de púrpura, ni lápiz de diamante, ni el hombre la explica ni casi la comprende.

Salía el sol y alumbraba placer; poníase y placer ocultaba, y daba argentina luz á la dicha la luna, y envolvía la noche en tinieblas la felicidad.

Concluyeron los días de la vida y llegaron las horas de la muerte, y las flores murieron también y encontráronse confundidas las hojas blancas del amante nardo con las hojas amantes y amadas de la sencilla violeta.

Recogió el arroyo en su corriente aquellos preciosos restos, y prudente y cariñoso llevólos al más bello rincón á que daba vida su risueño murmullo, y de allí á algún tiempo cuéntase que vino á ser aquella tumba de las bellas pasiones, bosque de nardos y pradera de violetas.

Muy pocos habían osado penetrar en aquel poético recinto, los atrevidos sin corazón salieron y lloraron siempre su loco empeño, que no es de prudentes entrar en el templo de la dicha teniendo que vivir en el valle de la desgracia.

Todavía existe el bosque de los nardos y la pradera de las violetas; una sola habitación háse construido en esa tierra de la ventura para el feliz mortal que sea llamado á habitarla; pero es tal el aroma de aquella comarca, que el que la habite necesita corazón de oro y alma de ángel.

MARIANO SANCHEZ MUÑOZ.

LA AUDACIA.

NOVELA POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuación.)

IV.

Entre todos los obstáculos que dañan al amor, uno de los más graves es sin duda alguna el de la falsa vergüenza. Croisilles no tenía este perjudicial defecto, hijo del amor propio y de la timidez; no era de esos que durante meses enteros están dando vueltas alrededor de la mujer á quien aman, como un gato alrededor de un pájaro enjaulado.

Desde el momento en que renunció al suicidio, no pensó más que en hacer saber á su querida Julia que vivía únicamente por ella y para ella; pero ¿cómo decirselo? Si de nuevo se presentaba en casa del rico asentista, de fijo el Sr. Godeau le pondría en la puerta de la calle, por lo menos.

Julia no salía nunca de casa sino con una doncella; era inútil, pues, el seguirla. Pasar las noches bajo las ventanas del objeto amado es cosa á que tienen gran afición los enamorados, pero inútil también en el pre-

sente caso. Ya he dicho que Croisilles era de ideas muy religiosas; por eso no le ocurrió buscar á su amada en el templo y entenderse allí con ella. Como el mejor partido, siquiera sea el más peligroso, es el de escribir á quien no se puede hablar, Croisilles enjaretó al punto la cartita correspondiente. Por supuesto, una carta sin piés ni cabeza. En los siguientes términos estaba concebida:

«Señorita:

Os suplico de veras que me digais qué caudal es necesario poseer, sobre poco más ó ménos, para aspirar á vuestra mano. Extraña pregunta es la que os hago; pero os amo perdidamente y no puedo pasar sin enterarme acerca de este punto. Vos sois la única persona á quien puedo y debo dirigirme. Anoche en el teatro me pareció que me mirábais. ¡Ojalá cayese muerto en este instante si estuviera equivocado, si aquella mirada no hubiera sido para mí! Decidme si puede ser tan cruel la casualidad que deje á un hombre engañarse de una manera tan triste y tan deliciosa á la par.

He llegado á creer que me mandabais vivir. Sois rica y hermosa; vuestro padre, avaro y vanidoso. Hacedis bien en ser orgullosa, pero yo os amo, y de lo demás me importa un bledo.

Fijad en mí vuestras encantadoras miradas; pensad cuánto puede el amor y á qué cosas obliga, puesto que el escribir esta carta, que acaso encienda vuestra cólera, me proporciona un verdadero placer. Pero pensad también que, si estoy loco, alguna culpa tenéis de mi locura. ¿Por qué me disteis el ramito aquel? Colocaos por un instante en mi lugar. Me atrevo á creer que me queréis; es más, me atrevo á pedir que me lo digais. Perdonadme, por Dios; porque daría mi vida á cambio de la seguridad de que no os ofendo en nada y de ver pagado mi cariño con una de esas sonrisas angelicales que solo á vos os pertenecen. Por más que hagais, vuestra imagen se ha grabado de tal modo en mi corazón, que tan solo arrancándome éste puede borrarse aquella. Mientras guarde mi alma el recuerdo de vuestra mirada, mientras aquellas flores conserven un poco de aroma, mientras haya en el language humano una palabra que quiera decir *amor*, no perderé mis más hermosas esperanzas.»

Cerró Croisilles su amorosa epístola y se fué á pasear arriba y abajo delante de la casa de su ídolo; así estuvo hasta que vio salir un criado.

La casualidad, que ayuda siempre á los enamorados inexpertos, cuando puede ayudarles sin comprometerse, dispuso que la doncella de Julia tuviese que salir á la sazón para comprar una gorrita. Dirigiase, pues, hácia el almacén de modas, cuando la detuvo nuestro héroe, y deslizando en su mano una reluciente monedita de oro, rogóle que entregase aquella carta á su señorita. Bien pronto quedó arreglado el trato; la doméstica tomó el dinero que le venía de perlas para pagar su gorra, y prometió entregar la carta. Croisilles, reventando de gozo, volvióse á casa y se detuvo en la puerta para aguardar la anhelada contestación.

Antes de hablar de la respuesta, bueno será decir cuatro palabras acerca de la hija del opulento Godeau.

La verdad es que la muchacha, si no tan desvanecida como su orondo papá, tenía sus puntas y ribetes de vanidad, pero su índole buena y sencilla remediaba este defecto. Más que otra cosa, era una niña mimada hasta la exajeración. Tenía la costumbre de hablar muy poco, y desde luego, la de trabajar mucho ménos: jamás se la veía con una aguja en la mano. Pasaba los días arreglándose en su tocador, y las noches sentada en un sofá, sin tomar parte en las conversaciones que en rededor suyo se suscitaban.

En lo tocante á sus adornos, era coqueta hasta de-jarlo de sobra y nada en el mundo le merecía más consideración que su propia cara. Una arruga en su fichú, una mancha de tinta en sus dedos la desconvolvaban; así es que cuando un traje le agradaba, no tenían cuenta las miradas que recogían los espejos antes de que la hermosa Julia abandonase la habitación.

No demostraba gusto ni aversión hácia los placeres que ordinariamente apetecen las jóvenes. Iba al baile por su voluntad y renunciaba á él sin el menor disgusto, y á veces sin el menor motivo; aburríale el teatro, y aun se dormía en él sin poderlo remediar. Cuando su padre, que adoraba en ella, le decía: Vamos á ver ¿qué quieres que te compre? estaba indecisa más de una hora sin saber qué desear ni qué pedir. Si daba el señor Godeau alguna reunión ó alguna comida, solía suceder que la indiferente damisela no se presentaba en el salón y se pasaba las horas muertas en su cuarto, vestida de gran ceremonia y paseándose sola de arriba abajo.

¿Se le dirigía algun cumplimento? Pues volvía al otro lado la cabeza. ¿Intentaba álguien hacerle la corte? Contestaba con una mirada seria y altanera que desconcertaba al más audáz. Jamás le había hecho reír un chiste; jamás la habían conmovido un trozo de ópera ó una tirada de hermosos versos; jamás había dado su corazón señales de existencia, y al verla pasar, en medio de la aureola de su hermosura, hubiérasela tomado por una sonámbula que atraviesa sumida en sus sueños este valle de lágrimas.

Indiferencia y coquetería semejantes, unidas en un mismo individuo, es decir, *individua*, no se comprenden fácilmente. Unos decían que la niña á nadie amaba; otros que únicamente se amaba á sí misma. Sin embargo, una sola palabra basta para explicar su carácter: Julia esperaba. Desde los catorce años, había oído repetir constantemente que era la más linda de las mujeres, y ¡es claro! estaba persuadida de esta verdad. Por eso, cuidaba tanto de su persona; descuidándola y faltando al respeto de su propia belleza, hubiera creído cometer un sacrilegio. Satisfecha de su hermosura, no creía, sin embargo, que estos dones de Dios debían permanecer inútiles: bajo su aparente indiferencia, ocultábase una voluntad secreta, inflexible, y tanto más poderosa cuanto mejor disimulada. La coquetería de las mujeres vulgares, que se desperdicia en miraditas, muecas y sonrisas, parecíale un juego vano, pueril, y áun despreciable. Sentíase dueña de un tesoro y desdeñaba aventurarlo poco á poco á la lotería del amor. Le hacía falta un adversario digno de ella; pero harto acostumbrada á ver prevenidos siempre sus menores caprichos, no se cuidaba de buscar por sí misma al adversario en cuestion, y áun se puede asegurar que estaba asombrada de que se hiciera esperar tanto tiempo el enemigo.

Después de cuatro ó cinco años que llevaba mostrando á las gentes sus magníficos trajes y sus blancas espaldas, parecíale mentira no haber inspirado aún una pasión volcánica.

Si le hubiera sido lícito descubrir el fondo de sus pensamientos, hubiese dicho de seguro á los que le prodigaban entusiastas galanterías:

—Pues bien, si soy tan bella y produzco en vos tanta impresión, ¿por qué no os pegais un tiro por mi amor?

Respuesta que, después de todo, podrían dar no pocas jóvenes, y que más de cuatro que no dicen nada, tienen en la punta de la lengua.

Y en efecto, no hay cosa alguna en el mundo tan fastidiosa para una mujer como el ser joven, hermosa y rica, mirarse en el espejo y verse digna de agrandar, estar, en fin, dispuesta á dejarse querer, y decir, sin embargo, para sus adentros:

—Todos me admiran, todos me alaban, todos me encuentran encantadora, y nadie se enamora de mí. Mi traje es de la mejor modista, mis encajes son soberbios, mi peinado irreprochable, mi cara la más linda de la tierra, mi talle esbelto y mi pié calzado maravillosamente... ¡Y todo esto sólo me sirve para ir á bostezar en el fondo de un salón! Si me habla un joven, me trata como á una chichuela; si álguien pide mi mano, busca en realidad mi dote; si me sacan á bailar, siempre me toca en suerte algun fátuo. Me presento en cualquier parte y en seguida se levanta un murmullo de admiracion; pero nadie, nadie me dice, á mí sola y en secreto, una palabra que haga palpar mi corazon... Oigo á los impertinentes que me alaban en voz alta, á dos pasos de mí; pero ni una sola mirada sincera y apasionada que busque la mia... Dentro de mi cuerpo hay una alma ardiente, llena de vida y energía, y no soy, á lo sumo, más que una hermosa muñeca que visten por la mañana, la pasean por la tarde y la desnudan por la noche, para volver á empezar al dia siguiente.

Esto mismo es lo que Julia se habia dicho á sí propia muchas veces, y habia dias en que semejantes pensamientos producian en ella una especie de *spleen* tan abrumador, que se entregaba durante horas y horas enteras al silencio y á la inmovilidad.

Cuando le escribió el vehemente Croisilles, hallábase precisamente en uno de estos accesos de mal humor. Acababa de tomar el chocolate, y estendida en una poltrona, dejaba volar la fantasia, cuando entró su doncella y le entregó la cartita consabida con mucho misterio y muchas precauciones.

Tomó Julia la misiva y miró el sobre: como no conocia la letra, cayó otra vez en su distraccion. Vióse entonces obligada la doncella á explicarle de qué se trataba, lo cual hizo la pobre muchacha con bastante torpeza, porque ignoraba qué tal sentaria la pretension de Croisilles á su señorita. Esta oyó las palabras de la doncella muy tranquilamente, abrió en seguida la carta, la leyó de una ojeada, pidió al punto una hoja de papel y escribió lo siguiente, como al descuido y como quien no dice nada:

«No, señor, yo no tengo la vanidad y orgullo que suponeis. Si tuviérais solamente unos cien mil francos, me casaría con vos de muy buena gana.»

Tal fué la contestacion que la doncella de Julia llevó inmediatamente al héroe de esta historia, el cual, con una esplendidez propia de un verdadero enamorado, dió otra moneda de oro á la diligente doméstica.

(Se continuará.)

SONETOS.

I.

¿QUÉ QUIERO?

Que tus lábios no sean tan impíos
Ni tú más dura que insensible roca,
Ni ver rodar sobre mi fiebre loca
Desengaños crüeles y sombríos.

Quiero en dichas trocar mis desvarios
Y el angustioso afan que me sofoca,
Y apagar un *me muerdo* de tu boca
En un *me matas* de los lábios míos.

Quiero piedad, que con amor me trates;
Quiero que, á fuerza de adorar, me abatas
Y poco á poco el alma me arrebatas.

Quiero apurar delicias insensatas,
Desfallecer, morir, que tú me mates...
¡Que me mates, mi bien, como tú matas!

II.

AL OCEANO.

Ya rujas coronado de centellas
Y alumbre el rayo tu infernal hondura;
Ya te llenes de cantos y hermosura,
Brindando amor tus soledades bellas;
Ya destructoras imponentes huellas
Dejes durante la tormenta impura
Sobre las rocas de la playa oscura
Donde grandioso tu furor estrellas;
Ora ilumine tu extension plateada
El astro que convida al sentimiento
Y hace gemir al alma enamorada;
Ya suspires, ya rujas turbulento,
¿Qué vale tu grandeza comparada
Con el gigante mar del pensamiento?

VALENTIN MARIN Y CARBONELL.

POESIAS

TRADUCIDAS DE LAS CATALANAS DE D. J. EDUARDO SELLENT.

I.

DOLORA

¿Vés ese árbol de ramas despojadas,
De hojas marchitas y de seco tronco?
Lo destruyó la llama, pero aún brotan
Floridos sus retoños.

¿Vés esas ruinas, por los siglos hechas
Víctimas santas del poder del tiempo?
Pues con sus piedras el trabajo erige
Suntuosos monumentos.

¿Vés esas tumbas frias y desnudas
Con una cruz no más por epitafio?
La guerra las llenó; jamás los muertos
Volverán á tu lado.

Vuelve á nacer lo que la llama arrasa,
Lo que el tiempo destruye vuelve á alzarse,
Mas lo que mata el hombre crüel y fiero...
Eso jamás renace.

II.

OLVIDO.

Léjos huid de mí, tiernas memorias
De dichas y placer y hermosas glorias
Que nunca volverán...
Cuando ya no sonríe la esperanza
Como aquella halagüeña remembranza,
¿Qué triste es recordar!

Huid bien léjos, plácidos y hermosos
Recuerdos de los dias tan dichosos
Que nunca han de volver...
Cuando en el alma sólo hay amargura
Por triste y dolorosa desventura,
Recuerdos, ¿para qué?

Huid del corazon, memorias yertas
De ilusiones de ayer por siempre muertas
Dentro el pecho infeliz...
Cuando la mano crüel del desengaño
Nuestra frente selló con negro daño,
¿Recordar es morir!

M. DE CÁVIA.